

*Sección dos: Textos*

*La Sociología transformadora.*

## **Las ciencias sociales ya no pueden hacer oídos de mercader<sup>1</sup>**

The social sciences can no longer have merchant's ear

Davide Borrelli  
Universidad Suor Orsola  
Benincasa de Nápoles (Italia)  
davide.borrelli@unisob.na.it

### **Resumen**

Hoy en día, las ciencias sociales están llamadas a desempeñar un papel más importante que nunca. Los retos a los que ellas deben responder son múltiples y de crucial importancia para el futuro de la humanidad: desde las crecientes desigualdades sociales hasta la emergencia climática y pandémica, desde las actuales derivas posdemocráticas y tentaciones autoritarias hasta los riesgos inherentes a los sistemas de vigilancia digital e inteligencia artificial. Pero sólo podrán hacerlo si rompen con la hegemonía del paradigma neoliberal del economicismo y la competición de mercado, es decir, si dejan de “hacer oídos de mercader” y se abren a nuevas prioridades, valores y necesidades. Este artículo pretende contribuir a definir una nueva agenda para las ciencias sociales en la llamada era del Antropoceno, partiendo de la constatación de que la humanidad ya no puede de forma arrogante representarse a sí misma como la dueña del planeta, sino que debe empezar a pensar y actuar esencialmente como nada más que uno de sus muchos, heterogéneos e interdependientes huéspedes.

**Palabras clave:** Sociología crítica, evaluación de la investigación científica, desigualdades sociales, sindemia, calentamiento global, inteligencia artificial.

---

<sup>1</sup> Recibido: 10/01/2023 Evaluado: 11/02/2023 Aceptado: 13/02/2023

## Abstract

Social sciences are called upon to play a more important role than ever before. The challenges are manifold and of crucial importance for the future of humankind: from growing social inequalities to climate and pandemic emergencies, from current post-democratic drifts and authoritarian temptations to the risks of digital surveillance systems and artificial intelligence. They will only be able to do so if they break with the hegemony of the neoliberal paradigm of market competition, that is, if they stop “making merchant’s ears” and open themselves to new priorities, values and needs. This contribute aims to draw a new agenda for the social sciences in the so-called Anthropocene era, starting from the realisation that humanity can no longer arrogantly represent itself as the master of the planet, rather must begin to think and act as nothing more than one of the many, heterogeneous and entangled hosts.

**Keyword:** Critical Sociology, Evaluation of Scientific Research, Social inequalities, Syndemic, Global Warming, Artificial Intelligence.

## Introducción

“No volveremos a la normalidad porque la normalidad era el problema”. Este fue uno de los eslóganes llenos de esperanza y buenas intenciones que circularon por todo el mundo en los comienzos de la pandemia de coronavirus. Es un eslogan que hoy podría expresar de forma eficaz, aunque condensada, la agenda programática de una verdadera sociología crítica y transformadora. Efectivamente, la Sars-CoV-19 ha demostrado que nuestro modelo de vida no estaba en absoluto preparado para hacer frente a la emergencia de una perturbación de orden natural como una pandemia, y que por eso necesitamos un cambio social y cultural de tipo radical (Vázquez Domínguez, Pérez-González & Salzano, 2020). No solo, claramente, con respecto a las carencias en materia de organización sanitaria y de las desigualdades en la cobertura de la vacuna a nivel internacional (Clark & Johnson Sirleaff, 2021a y 2021b), sino también por la estructura general del sistema económico y de sus propias orientaciones de valor, que esencialmente giran en torno a la productividad (es decir, hacer más con menos), a la desenfrenada y omnipresente competitividad de mercado y a la llamada “tiranía del mérito” (Sandel, 2020; Cingari, 2020).

Sin embargo, tres años después del estallido de la pandemia, prácticamente, nada ha cambiado en nuestro modo de vida. La normalidad anterior a la epidemia ha vuelto como si no hubiera pasado nada, y los problemas estructurales de nuestro paradigma cultural y modelo de desarrollo han sido ignorados y dejados de lado, por lo que reaparecen, e incluso se agravan, sin haber sido verdaderamente abordados, y mucho menos resueltos.

Las ciencias sociales, en particular, podrían desempeñar un papel importante en la resolución de estos problemas y contribuir a una transformación sostenible del mundo, siempre que sean capaces de renovar y profundizar su función y vocación críticas (Boltanski, 2014), cuestionando los dogmas neoliberales en los que se han basado en las últimas décadas. Los retos a los que ellas deben responder son múltiples y de crucial importancia para el futuro de la humanidad: desde las crecientes desigualdades sociales (Piketty, 2015) hasta la emergencia climática y pandémica (Malm, 2020b), desde las actuales derivas posdemocráticas y

tentaciones autoritarias (Crouch, 2004) hasta los riesgos inherentes a los sistemas de vigilancia digital (Zuboff, 2020) e inteligencia artificial (Crawford, 2021).

### **Cuestionar los límites de un realismo fatalmente irrealista**

Nos parece significativo que en diferentes idiomas exista una expresión figurada “hacer oídos de mercader” (por ejemplo, en italiano “*fare orecchie da mercante*”, en alemán “*Händlerohren machen*”, en inglés “*to have merchant's ears*”), que se refiere a quienes hacen “oídos sordos”, no escuchar, ante una situación inesperada que se aleja de sus propias expectativas o intereses particulares. Los que hacen oídos de mercader a los requerimientos y las quejas de los demás, fingen que no pasa nada y siguen ocupándose de sus propios asuntos, aunque puedan ser precisamente éstos los que estén causando graves problemas a los demás y al mundo. Nuestra sensación es que incluso las ciencias sociales han hecho oídos de mercader durante demasiado tiempo. En otras palabras, ellas se han adaptado a una especie de visión de túnel que las ciega ante realidades y urgencias que escapan al imperativo “mercantil” del *homo oeconomicus* (Laval, 2007) y así, han acabado ignorando los riesgos y las consecuencias negativas que este imperativo está acarreado a expensas del bien común e incluso de la biosfera en su conjunto.

El hecho es que durante mucho tiempo hemos dado por sentado que progresaríamos hacia la prosperidad, pero en realidad estábamos determinando de forma más o menos inconsciente las condiciones de nuestra propia desaparición como civilización humana. Hace años estamos cerrados en el llamado tiempo del “realismo capitalista”, a cuyo sistema de vida no parece haber ninguna alternativa posible. Como explicó el llorado filósofo y sociólogo británico Mark Fisher, el realismo capitalista consiste en “la idea muy difundida de que el capitalismo no solo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa” (2009), así que ahora parece “más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo”.

Sin embargo, este realismo capitalista – que es el legado de la era de Margaret Thatcher – resulta ser absolutamente poco realista en relación con la supervivencia de la humanidad en su conjunto. Se trata evidentemente de uno de esos casos en los que el sentido común que tenemos interiorizado no cuadra con el sentido del bien común. Sin lugar a duda, el éxito de algunos ya no coincide automáticamente, si es que alguna vez lo hizo, con el bienestar de todos, a pesar del modelo del *trickle down* por el que la riqueza generada en la cúspide de la pirámide social se filtraría hacia abajo a todo el mundo. Ahora está finalmente claro que la búsqueda de la ganancia individual no sólo no garantiza el beneficio colectivo, sino que tiende inexorablemente a comprometerlo.

El problema al que hoy nos enfrentamos (con el cambio climático consecuencia del calentamiento global del planeta, pandemias, migraciones, guerras, hambrunas y crecientes desigualdades) es que cada vez nos damos más cuenta de que el fin del mundo puede efectivamente hacerse realidad concreta si no somos capaces de imaginar una alternativa sistémica a nuestra actual la forma de vida y, más generalmente, a la civilización antropocéntrica que Jeremy Rifkin llama “*The Age of Progress*”, que no sería más que la encarnación más reciente de la antigua creencia de que nuestra especie está hecha de un material diferente del de las demás criaturas con las que compartimos la Tierra (Rifkin, 2022), y que por tanto estaríamos destinados a utilizar como propietarios todo lo que encontramos en ella y a dominar a todos los seres vivos que no sean humanos.

Esta división primordial entre lo humano y lo no humano – que el filósofo Timothy Morton en su libro *Humankind* (2019) define “*the severing*” - constituye el legado antropológico ancestral que nos impide madurar una conciencia ecológica planetaria. Se trata, por así decirlo, del sistema operativo de matriz cartesiana que, especialmente en la era moderna, sigue guiando nuestra conducta y cuya insostenibilidad estamos trágicamente experimentando ahora en particular.

Cuestionar en el momento presente esta escisión original significa poner en marcha una agenda cultural, psicológica y política planetaria que incluya todo aquello que en el sistema social contemporáneo se considera tradicionalmente como fuera de lo que merece protección, reconocimiento y solidaridad, y que, en consecuencia, nos sentimos con derecho a explotar sin cesar como fuente de valor económico. La mayor parte de los costes asociados al modelo de desarrollo capitalista se hacen opacos o se externalizan: bastaría pensar, entre otras cuestiones, en la explotación del trabajo reproductivo que también incluye la vida familiar (Fraser & Jaeggi, 2018), o el progresivo agotamiento de recursos del entorno medioambiental. El sistema económico y social centrado en el “capital fósil” (Malm, 2020a) se basa fundamentalmente en el consumo parasitario de lo que se encuentra fuera de su limitado campo de visión, de lo que ni siquiera quiere ser plenamente consciente. Eso es lo que definimos un sistema que precisamente hace oídos de mercader.

No hay otro lado del mundo donde podamos descargar los costes producidos por nuestro sistema social. Debemos aprender a ampliar nuestro campo de visión y empezar a considerar como pasivo en la contabilidad colectiva de nuestra especie aquello de lo que habitualmente ni siquiera nos damos cuenta. La tarea fundamental de una sociología crítica tiene que ser necesariamente ambiciosa en la medida en que debe hacernos adquirir la conciencia del riesgo global que corremos como especie humana y, por consiguiente, ayudarnos a redefinir profundamente nuestra forma de estar en el mundo, nuestra concepción de la sociedad, nuestros dispositivos de gobierno, nuestros valores y prioridades, nuestras pulsiones más básicas y nuestra propia relación con la biosfera y la dimensión del no humano.

### **Las trampas de la inteligencia artificial, que no es inteligente ni artificial**

Nunca antes, a lo largo de la historia, la civilización humana se había enfrentado a problemas tan graves y decisivos para su supervivencia como los que estamos experimentando en la actualidad. Efectivamente, junto a los tradicionales problemas “intra-específicos” propios de la humanidad (las condiciones de dominación de todo tipo, las desigualdades económicas y sociales, los conflictos bélicos y los choques de civilizaciones) surgen cada vez más nuevos y graves, que afectan a las relaciones de los humanos con los demás seres vivos, con el medio ambiente en su conjunto, e incluso con el dominio artificial de las tecnologías digitales.

Abordar problemas de este tipo implica, evidentemente, una profunda redefinición de lo que es la racionalidad crítica. Se ha observado que ahora vivimos en la era de los “estados nerviosos” (Davies, 2019). En este contexto, debemos replantearnos el sentido de lo que significa crítica social. Como muestra la etimología de la palabra, la *crítica* (del griego antiguo *krínein* “cribar, separar”) es esencialmente la actividad de discernir y descomponer analíticamente un fenómeno complejo, distinguiendo por ejemplo los elementos racionales de los emocionales, así como los llamados elementos naturales de los que se supone que son eminentemente socioculturales.

Si hemos aprendido algo de la pandemia es que en realidad no existen fronteras impermeables entre la naturaleza y la cultura, por lo que no puede haber una separación clara y exclusiva entre lo biológico y lo sociológico. Al igual que no hay parte del medio ambiente que esté a salvo de las consecuencias de la actividad humana, de forma similar el fenómeno de la zoonosis nos ha demostrado que la sociedad humana no es impermeable a lo que le ocurre a un humilde murciélago. La famosa frase del dramaturgo latín Publio Terenzio Africano, “nada humano me es ajeno”, debería reformularse y ampliarse de la siguiente manera: “nada que no sea humano tampoco me debe ser ajeno”. Si queremos madurar una nueva sensibilidad y conciencia planetarias, necesitamos criticar la crítica como actitud de cribación y distinción. Bruno Latour, el influyente sociólogo francés recientemente fallecido, argumenta que “vivir en una zona crítica significa aprender a durar un poco más, sin poner en peligro la habitabilidad de las formas de vida que vendrán más tarde. El término ‘crítico’ ya no se refiere únicamente a una cualidad subjetiva e intelectual, sino a una situación peligrosa y profundamente objetiva, que demuestra una proximidad crítica” (Latour, 2021, p. 37 de la edición italiana). Si realmente nos importa la sociedad, tenemos que empezar a considerarla parte de un sistema más amplio e interconectado, pero, precisamente por ello, también más frágiles y vulnerables. Con el fin de la pandemia, no podremos simplemente reanudar nuestra actividad habitual, pues esa misma actividad es parte integrante de nuestro problema. Tenemos que cambiar el plan de juego y actualizar nuestra caja de herramientas conceptuales. Habitar el mundo en una condición de “proximidad crítica” requiere una nuevo *éthos* y una diferente idea de lo “público”, de lo que debe debatirse y vivirse en común. Aún más, se trata de acabar de una vez por todas con el excepcionalísimo humano que lleva a distinguirnos de otras formas de vida, y empezar, en cambio, a “generar parentesco” inter-específico con mundos ajenos a nosotros, por citar a Donna Haraway (2020).

En cierto sentido, la misma sensibilidad de “proximidad crítica” debe aplicarse también a otro tipo de alteridad aparentemente no humana, la de los dispositivos tecnológicos. El creciente dominio de la inteligencia artificial y la plusvalía de la información extraída a través de las tecnologías del “capitalismo de la vigilancia” (Zuboff, 2020) plantean nuevos problemas que tienen que ser abordados por una forma nueva y mejor equipada de sociología crítica. Racionalizar y optimizar el funcionamiento de la sociedad ya no es, si es que alguna vez lo fue, la mejor manera de ejercer una función crítica contra las desigualdades y las asimetrías de poder que caracterizan el presente. Las nuevas fronteras del poder digital se legitiman sobre la base de una forma de racionalidad fundada en el llamado solucionismo tecnológico (Morozov, 2013). Las actuales tecnologías del aprendizaje automático que sustentan la inteligencia artificial parecen dar cuerpo y forma a esta ideología.

Sin embargo, los costes sociales, medioambientales y culturales de la inteligencia artificial tienden a permanecer en un segundo plano, escondiéndose tras la pretendida neutralidad de la tecnología y la contabilización; y así, escapando a cualquier perspectiva verdaderamente crítica (O’Neil, 2018). Quienes se oponen, corren el riesgo de ser tachados de irracionalidad y ludismo. Por nuestra parte, estamos convencidos de que una nueva forma de sociología crítica que esté a la altura de los retos del presente debe estar equipada más para problematizar soluciones que para resolver problemas, es decir, para intervenir aguas arriba en los procesos de definición de la realidad en lugar de operar aguas abajo en el marco de una realidad ya dada y definida por intereses que en última instancia escapan al control democrático e incluso a la comprensión humana.

En realidad, se puede suponer que la inteligencia artificial no es ni inteligente ni artificial. No es lo bastante inteligente porque su aprendizaje automático está basado en los datos que ya existen y son conocidos, es decir, opera río abajo. Tampoco es artificial, porque la forma de recopilar, clasificar y nombrar los datos que la alimentan es fundamentalmente un acto de creación humano demasiado humano. Sin embargo, este acto de creación se disfraza y se vuelve opaco hasta el punto de dar lugar a una especie de piloto automático humano que define de facto la realidad aguas arriba de la sociedad a la que se aplica. Lo instituido, de este modo, cristaliza y se hace impermeable a cualquier práctica instituyente, empobreciendo y paralizando el proceso democrático. Es necesario subrayar la diferencia entre lo instituido (es decir, el resultado final de un proceso) y lo instituyente, es decir, el proceso de instituir que implica a todos y evita que lo instituido tome forma y se defina fuera del alcance de quienes se ven afectados por eso. Este es precisamente el mayor riesgo cuando se trata de inteligencia artificial. Como señala la académica estadounidense Kate Crawford (2021, p. 135), “el mito de la recopilación de datos como práctica benévola en informática ha ocultado sus operaciones de poder, protegiendo a quienes más se benefician de ella y eludiendo la responsabilidad de sus consecuencias”.

### **Evaluar no es criticar: reorganizar la investigación científica para producir más imaginación heurística**

Por supuesto, necesitamos un cambio de paradigma que no sea solo una manera diferente de interpretar el mundo sino sobre todo de actuar y vivir en el mundo. Ya Marx destacó en el 1845 que, hasta entonces, los diferentes filósofos no habían hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trataba era, en cambio, de transformarlo. Si esto era cierto entonces para los filósofos, evidentemente lo es hoy aún más para los científicos sociales, cuya función es comprender cómo tratar y posiblemente orientar las prácticas de vida en el mundo.

Para que eso sea posible, es necesario, en primer lugar, que los científicos sociales salgan de los muros de la academia para dialogar directamente con los ciudadanos y contribuir a un debate público informado. Con demasiada frecuencia, las exigencias de productividad científica y los engorrosos criterios de evaluación utilizados para medir su calidad no sólo provocan desigualdades de género en el acceso al profesorado (Borrelli & Stazio, 2021), es más, lo que hace es imprimir a la investigación universitaria de una dinámica excesivamente abstracta y autorreferencial (Borrelli, 2015; Borrelli & Giannone, 2019). Por el contrario, es necesario recordar a la comunidad (y a los investigadores en primer lugar) que la investigación se hace en beneficio general y que, por tanto, la misión principal de los investigadores consiste en devolver al público los resultados de sus estudios financiados con fondos públicos. Además, recientemente se ha observado que el carácter cada vez más competitivo de la organización de la investigación científica ha hecho que el número de artículos publicados haya aumentado enormemente en las últimas décadas, pero parece que el carácter “disruptivo” (es decir, verdaderamente innovador) de estos artículos ha disminuido considerablemente (y sobre todo en las ciencias sociales), a juzgar por un análisis del grado en que los artículos se apartan radicalmente de la bibliografía anterior (Park, Leahey & Funk, 2023).

Puede afirmarse que los actuales sistemas de evaluación de calidad e incentivación de la investigación académica inhiben su fecundidad heurística, así como acondicionan su alcance crítico. Tendríamos, por tanto, que deshacernos de estos sistemas que gravan la investigación científica, necesitando con urgencia “un retorno al sentido” si realmente queremos poner en

práctica y ejercitar “una ciencia social con algo que decir” (Alvesson, Gabriel & Paulsen, 2017). Como muy bien se ha dicho, la investigación científica, al igual que la crítica sociológica, siempre debería aspirar a ser *box-breaking*; es decir, rompedora y transformadora, y no puede contentarse con permanecer *boxed-in*, a saber, encajonada o sea encasillada en patrones predeterminados (Alvesson & Sandberg, 2014).

Vemos por todas partes (en ciencia, por supuesto, pero también en trabajos de servicios sociales, política económica, etc.) la transición de la práctica de la crítica a la de la evaluación de la calidad de forma burocrática y administrativa. En resumen, podríamos decir que, como dispositivo de maximización gerencial al servicio del sistema, la evaluación tiene el efecto de neutralizar y sofocar la crítica, en cuanto posible vector de transformación del sistema y fuente de alternativas a su régimen establecido. La evaluación se limita a fomentar la competitividad de las personas *dentro del* sistema, inspirándose en el comprobado método de gobernanza del *divide et impera* (es decir, dividir para reinar). Por el contrario, la crítica persigue el cuestionamiento y la deconstrucción *del* sistema. En efecto, mientras que antes la crítica se dirigía contra el sistema, hoy -en un paradójico intercambio de las partes- la evaluación es una crítica en nombre del sistema, esencialmente hecha para optimizar su funcionamiento.

Para cambiar el mundo, hay que revitalizar la función de la crítica. Y éste es, en nuestra opinión, el objetivo prioritario con el que deben comprometerse las ciencias sociales. La tarea de la crítica debería tender a desarrollar una visión amplia y una forma divergente de pensamiento que transforme el mundo, la de la evaluación es, en cambio, garantizar la convergencia con sus reglas y parámetros establecidos. La evaluación resuelve problemas, mientras que la crítica problematiza, es decir, plantea problemas donde normalmente ni siquiera se perciben. Esto significa que la primera pretende construir una realidad autorreferencial sin un más allá posible, mientras que la segunda expresa la necesidad de trascender los límites de cualquier realidad dada para explorar otros mundos posibles. Por tanto, si la evaluación es una función institucionalizada del poder que sirve para circunscribir el campo de los dominantes haciendo oídos de mercader a todo lo que le es ajeno, la crítica es, por el contrario, un antídoto contra cada forma de poder constituido y, al mismo tiempo, un poderoso estímulo para ampliar el horizonte de lo concebible y abrirse a la alteridad. Al fin y al cabo, si la evaluación quiere consolidar la realidad tal y como es, la crítica tiende a imaginar otro mundo posible.

Lo que necesitamos es, precisamente, un suplemento de imaginación sociológica que renueve la teorizada por el sociólogo estadounidense Charles Wright Mills. La imaginación sociológica ya no puede limitarse a proporcionar las herramientas cognitivas y empáticas necesarias sólo para relacionar las biografías personales a “las más amplias realidades sociales”, sino tiene que conectar nuestros acontecimientos “humanos, demasiado humanos” a la vida del planeta, incluso en todos sus aspectos extrahumanos. Hoy en día, la imaginación sociológica es una cualidad mental que debe servir para destacar que la humanidad forma parte de una realidad más grande que incluye a todos los actores animados e inanimados que existen en la tierra. Esta nos parece la sensibilidad primaria necesaria para reformular las condiciones de una sociología crítica que en la actualidad quiera transformar el mundo. “No es meramente una cualidad mental más entre el margen contemporáneo de sensibilidades culturales: es *la* cualidad cuyo uso más amplio y más hábil ofrece la promesa de que todas esas sensibilidades —y de hecho la razón humana misma— llegarán a representar un papel más importante en los asuntos humanos” (Wright Mills, 1959, p. 24, de la edición italiana).

## La pandemia como hecho social

Todo lo que hemos dicho hasta el momento plantea, entre otras cosas, la cuestión de redefinir el propio papel de la investigación científica en el mundo contemporáneo; es decir, de cómo tiene que ser organizada, gobernada y dirigida hacia el bien común.

Por poner un ejemplo que atestigüe la necesidad de esforzarse para que el conocimiento científico se produzca y organice como un bien común, baste decir que a finales del año pasado las tasas de vacunación de dos dosis alcanzaron una cobertura de tres cuartas partes de la población en los países más ricos, sin embargo, solo el 2% en algunos de los más pobres. Esto ha multiplicado las consecuencias mortales de la pandemia. Un estudio recientemente publicado (Moore et al., 2022) estima que un suministro más equitativo de vacunas, distribuidas adecuadamente incluso a los países más pobres del mundo, además de limitar la aparición de variantes, podría haber evitado la muerte de alrededor de 1,3 millones de personas; es decir, casi el veinte por ciento de los 6,6 millones de fallecidos hasta la fecha por Covid-19. La misma investigación también plantea la hipótesis de que si la cobertura de vacunación hubiera ido acompañada en todo el mundo por el uso masivo de mascarillas y de la adopción de medidas para contener las concentraciones, probablemente se habrían salvado hasta tres millones ochocientas mil vidas (más del 57% del total).

Son datos que invitan a la reflexión. Nos hacen pensar que incluso las enfermedades biológicas que suelen considerarse de perfil exclusivamente natural tienen, en cambio, importantes implicaciones antrópicas y, en particular, sociológicas, que atañen no sólo a su etiología (a menudo se ha invocado la ganadería intensiva para explicar el origen y la propagación de los agentes microbianos), sino también a la forma en que los sistemas sociales se equipan para combatirlos y minimizar sus daños. No es casualidad que se haya hablado de “sindemia” para describir la afección provocada por el Covid, utilizando un término propuesto hace años por el antropólogo médico Merrill Singer (2009) para describir la interacción entre elementos biológicos y sociales en la propagación de algunas enfermedades.

Como nos enseñó Maquiavelo, la fortuna “demuestra su potencia allí donde la virtud no se ordena a resistir”. Esto significa que si queremos estar preparados para las próximas amenazas pandémicas, tenemos que replantearnos profundamente nuestras estructuras sociales e institucionales, empezando, por ejemplo, por la cuestión de la suspensión de las patentes comerciales de las vacunas.

Está claro que no se trata sólo de cambios normativos, por importantes que sean. Aquello en lo que hay que trabajar principalmente (y en esto la sociología tendría un gran papel que desempeñar) es promover las condiciones para un cambio cultural global que anteponga las razones de salud pública a los intereses económicos. El gran historiador británico Tony Judt ha afirmado que el mundo contemporáneo está “roto”, aquejado como está de una especie de discapacidad discursiva que nos lleva a reducir todas las consideraciones de política pública al mero cálculo económico: “Sabemos qué cuestan las cosas, pero no tenemos idea de lo que valen. Ya no nos preguntamos sobre un acto legislativo o un pronunciamiento judicial: ¿es legítimo? ¿Es ecuánime? ¿Es justo? ¿Es correcto? ¿Va a contribuir a mejorar la sociedad o el mundo? Éstos solían ser los interrogantes políticos, incluso si sus respuestas no eran fáciles. Tenemos que volver a aprender a plantearlos” (Judt, 2016, p. 3).



Si las ciencias sociales tienen un sentido, es probable que resida precisamente en analizar y plantear al público este tipo de preguntas políticas antes de dar respuestas, y, fundamentalmente, en recordarnos que en todo momento -contrariamente al mantra de la economía neoliberal de que no hay alternativa- siempre existe la posibilidad de imaginar otro mundo posible.

## Referencias

- Alvesson, M. y Sandberg, J. (2014). Habitat and Habitus: Boxed-in versus Box-Breaking Research. *Organization Studies*, Vol. 35, 7, 967-987, 2014. <https://doi.org/10.1177/0170840614530916>
- Alvesson, M., Gabriel, Y. y Paulsen, R. (2017). *Return to Meaning. A Social Science with Something to Say*. Oxford: Oxford University Press.
- Boltanski, L. (2014). *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*. Madrid: Akal.
- Borrelli, D. (2015). *Contro l'ideologia della valutazione. L'ANVUR e l'arte della rottamazione dell'università*. Milano: Jouvence.
- Borrelli, D. y Giannone, D. (2019). La neovalutazione al governo della società. *Cartografie sociali*. 8, 7-35. <https://lc.cx/dwVOBf>
- Borrelli, D. y Stazio, M. (2021). Desigualdad de género en el profesorado universitario italiano y el fracaso de las políticas meritocráticas. *Revista De Estudios Socioeducativos. ReSed*, 9, 41-60. <https://lc.cx/fHj4wd>
- Cingari, S. (2020). *La meritocrazia*. Roma: Ediesse.
- Clark, H. y Johnson Sirleaf, E. (Ed.). (2021a). *COVID-19: Make it the Last Pandemic*. By The Independent Panel for Pandemic Preparedness & Response. [https://lc.cx/N\\_D0FG](https://lc.cx/N_D0FG)
- Clark, H. y Johnson Sirleaf, E. (Ed.). (2021b). *Losing time: End this Pandemic and Secure the Future. Progress six months after the report of the Independent Panel for Pandemic Preparedness and Response*. <https://lc.cx/Yskboc>
- Crawford, K. (2021). *Atlas of AI. Power, Politics, and the Planetary Costs of Artificial Intelligence*. New Haven and London: Yale University Press.
- Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. Barcelona: Taurus.
- Davies, W. (2019). *Estados nerviosos. Cómo las emociones se han adueñado de la sociedad*. Ciudad de México: Sexto Piso.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.

- Fraser, N. y Jaeggi, R. (2018). *Capitalism. A Conversation in Critical Theory*. Medford MA: Polity.
- Haraway, D. J. (2020). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.
- Judt, T. (2016). *Algo va mal*. Barcelona: Taurus.
- Latour, B. (2021). *Où suis-je? Leçons du confinement à l'usage des terrestres*. Paris: Éditions La Découverte. (Trad. Italiana, 2020) *Dove sono? Lezioni di filosofia per un pianeta che cambia*. Torino: Einaudi.
- Laval, C. (2007). *L'homme économique. Essai sur les racines du néolibéralisme*. Paris: Gallimard.
- Malm, A. (2020a). *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*. Madrid: Capitán Swing.
- Malm, A. (2020b). *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*. Madrid: Errata Naturae.
- Marx, K. (1845). *Tesis sobre Feuerbach sobre la producción de la conciencia*. Madrid: Ediciones del Orto, 1999.
- Moore, S., Hill, E. M., Dyson, L., Tildesley, M. J. y Keeling, M. J. (2022). Retrospectively modeling the effects of increased global vaccine sharing on the COVID-19 pandemic. *Nature Medicine*, Vol. 28, 11, 2416-2423. <https://doi.org/10.1038/s41591-022-02064-y>
- Morozov, E. (2013). *To Save Everything, Click Here. The folly of technological solutionism*. New York: PublicAffairs.
- Morton, T. (2017). *Humankind. Solidarity with Nonhuman People*. London and New York: Verso.
- O'Neil, C. (2018). *Armas de destrucción matemática. Cómo el Big Data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*. Madrid: Capitán Swing.
- Park, M., Leahey, E. y Funk, R. J. (2023). Papers and patents are becoming less disruptive over time. *Nature*, 613, 138-144. <https://doi.org/10.1038/s41586-022-05543-x>
- Piketty, T. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Barcelona: Anagrama.
- Rifkin, J. (2022). *The Age of Resilience. Reimagining Existence on a Rewilding Earth*. New York: St. Martin's Press.

Sandel, M. (2020). *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Barcelona: Editorial Debate.

Singer, M. (2009). *Introduction to Syndemics: A Systems Approach to Public and Community Health*. San Francisco: Jossey-Bass.

Vázquez Domínguez, C., Pérez-González, A-B. y Salzano, D. (2020). *Cambio y coronavirus. Representaciones sociales. Burla, silencio y miedo*. Sevilla: Editorial Aula Magna Proyecto Clave McGraw Hill.

Wright Mills, C. (1959). *The Sociological Imagination*. Oxford: Oxford University Press (Trad. Italiana, 2014) *L'immaginazione sociológica*. Milano: Il Saggiatore.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona: Paidós.

